

Fahrenheit 451

Nina Melero

Cuando le preguntaron al escritor que dónde estaban los textos que había escrito, él se encogió de hombros.

«Si no hay texto, no hay escritor», sentenciaron todos. Aquel iluso aún no se había dado cuenta de que en realidad era solo un profesor fumador que leía y hablaba demasiado. O un lector hablador que fumaba y enseñaba demasiado, que para el caso lo mismo daba.

Nadie le creyó –ni a él ni a ninguno de los epígonos de su loco movimiento literario, un grupo clandestino de mendigos, motoristas y jubilados trasnochados que se hacían llamar *Pulvis Es*– cuando aseguró que había escrito tres obras de teatro, cincuenta y seis cuentos y dos novelas y media. ¿Dónde estaban, entonces? Seguramente no existían, puesto que nadie los había leído, ni –¡prueba irrefutable!– había oído hablar de ellos.

Él se defendió explicando que sus libros, todos escritos a mano y sobre un papel tan fino que recordaba a los velos íntimos de la cebolla, habían corrido la misma suerte que los de sus compañeros de filas.

Se los habían fumado.

Todos y cada uno, de la primera a la última página.

El manifiesto fundacional del Movimiento lo decía bien clarito: la escritura es un proceso, no un resultado. Además, qué más daba. Una vez creado, el libro no puede ya destruirse; porque el libro no es el libro, igual que la música no es la partitura.

Nada de esto entendían, aquellos «lectores principiantes», quienes por su parte seguían pensando que eran los del Movimiento escritores de pacotilla, en cuanto que se mostraban incapaces de aplacar su hambre de páginas frescas. Al final, los miembros del grupo literario fueron acusados de fraude y tratados como meros trileros de palabras. Sin más. De hecho, aquello no habría pasado de ser un tragicómico incidente si no hubiera sido por lo que sucedió después.

Sin que nadie pudiera explicarse cómo ni cuándo empezó todo, los escritores sin escritos acabaron corriendo la misma suerte que sus libros recién nacidos: fue la bocanada ardiente de la combustión y el fragor de la hoguera purificadora lo que acabó desenmascarándolos por completo. Capa a capa. Primero los cueros que los protegían, luego la pulpa interior. Sólo cenizas quedaron, de aquellos impostores.

Dicen los rumores que fue un editor quien lanzó la cerilla; pero quizás esa historia, como todas las demás, era sólo un rumor.